

Carlo Collodi
Las aventuras de Pinocho

Traducción y notas de Guillermo Piro

XIII

La Posada del Camarón Rojo.

Camina que te camina que te camina, al final, al caer la noche, llegaron muertos de cansancio a la Posada del Camarón Rojo.

—Detengámonos aquí un poco —dijo el Zorro—, para comer un bocado y descansar algunas horas. A medianoche nos pondremos otra vez en camino para estar mañana, al amanecer, en el Campo de los milagros.



Ilustración de Corrado Sarri (1929)

Entraron en la posada y se sentaron los tres ante una mesa; pero ninguno de ellos tenía apetito.

El pobre Gato, sintiéndose gravemente indispuerto del estómago, no pudo comer más que treinta y cinco salmonetes con salsa de tomate y cuatro porciones de mondongo a la pamesana; y como el mondongo no le pareció bastante sazonado, ¡pidió tres veces manteca y queso rallado!

El Zorro también hubiese picado con gusto algo; pero como el médico le había prescrito una rigidísima dieta, tuvo que contentarse con una simple liebre guisada con una ligerísima guarnición de pollitos cebados y gallos jóvenes. Después de la liebre, como aperitivo, se hizo servir un guiso de perdices, codornices, conejos, ranas, lagartijas y uvas moscatel; y ya no quiso nada más. La comida le daba tales náuseas, decía, que no podía llevarse nada a la boca.

El que menos comió fue Pinocho. Pidió una nuez y un trocito de pan y dejó ambas cosas en el plato. El pobrecito, con el pensamiento siempre fijo en el Campo de los milagros, había sufrido una indigestión anticipada de monedas de oro.



Ilustración de Carlo Chiostrì (1901)

Cuando acabaron de cenar, el Zorro le dijo al posadero:

—Denos dos buenas habitaciones, una para el señor Pinocho y otra para mí y mi compañero. Antes de partir nos echaremos un sueñito. Pero no

olvide que a medianoche tiene que despertarnos para que podamos seguir nuestro viaje.

—Sí, señores —respondió el posadero y guiñó el ojo al Zorro y al Gato, como diciendo: “¡He comprendido todo al vuelo! ¡Nos hemos entendido!...”

Apenas Pinocho se metió en la cama, se durmió y empezó a soñar. Y soñando le parecía estar en medio del Campo, y este campo estaba lleno de arbolitos cargados de racimos, y estos racimos estaban cargados de monedas de oro que, bamboleándose al viento, hacían zin, zin, zin, como diciendo: “Quien nos quiera, que venga por nosotras”. Pero cuando Pinocho estaba en lo mejor, es decir, cuando alargó la mano para agarrar a puñados todas aquellas monedas y metérselas en los bolsillos, lo despertaron de repente tres violentísimos golpes dados en la puerta de la habitación.

Era el posadero que venía a decirle que ya era medianoche.



Ilustración de Carlo Chiostrì (1901)

—¿Mis compañeros están listos? —le preguntó el muñeco.

—¡Otra que listos! Se fueron hace dos horas.

—¿Pero por qué tanta prisa?

—Porque el Gato recibió el mensaje de que su gatito mayor, enfermo de

sabañones en los pies, corría peligro de muerte.

—¿Y pagaron la cena?

—¿Qué piensa usted? Son personas demasiado educadas para hacerle tal afrenta a vuestra señoría.

—¡Qué lástima! ¡Una afrenta de ese tipo me hubiera gustado mucho!
—dijo Pinocho rascándose la cabeza.

Después preguntó:

—¿Y dónde han dicho que me esperarán mis buenos amigos?

—En el Campo de los milagros, mañana a la mañana, al despuntar el día.

Pinocho pagó una moneda por su cena y la de sus compañeros y luego partió.

Pero puede decirse que partió a ciegas, porque fuera de la posada había una oscuridad tan oscura que no se veía nada. En todo el campo no se oía moverse una hoja. Solamente algunos pájaros nocturnos, atravesando el camino de un seto a otro, golpeaban las alas contra la nariz de Pinocho, el cual, dando un salto hacia atrás a causa del miedo, gritaba: “¿Quién anda ahí?”, y el eco de las colinas circundantes repetía a lo lejos: “¿Quién anda ahí?... ¿Quién anda ahí?... ¿Quién anda ahí?...”



Ilustración de Attilio Mussino (1911)

Mientras caminaba, vio en el tronco de un árbol a un pequeño animalito que relucía con una luz pálida y opaca, como una mariposa dentro de una lámpara de porcelana trasparente.

—¿Quién eres? —le preguntó Pinocho.

—Soy la sombra del Grillo parlante —respondió el animalito con una vocecita tan débil que parecía venir del otro mundo.

—¿Qué quieres de mí? —dijo el muñeco.

—Quiero darte un consejo. Vuelve atrás y lleva las cuatro monedas que te han quedado a tu pobre padre, que llora desesperado porque no te ha vuelto a ver.

—Mañana mi padre será un gran señor, porque estas cuatro monedas se convertirán en dos mil.

—No te fíes, muchacho mío, de aquellos que prometen hacerte rico de la mañana a la noche. ¡Por lo general, o son locos o embusteros! Hazme caso, vuelve atrás.

—Yo, sin embargo, quiero seguir adelante.

—¡Ya es muy tarde!...

—Quiero seguir adelante.

—La noche es oscura...

—Quiero seguir adelante...

—El camino es peligroso...

—Quiero seguir adelante.

—Recuerda que los niños que obran según su capricho y su modo, antes o después se arrepienten.

—Las historias de siempre. Buenas noches, Grillo.

—Buenas noches, Pinocho, ¡y que el cielo te salve del rocío y de los asesinos!

Apenas dijo estas últimas palabras, el Grillo parlante se apagó de golpe, como se apaga una vela cuando la soplan, y el camino quedó más oscuro que antes.



Ilustración de Corrado Sarri (1929)

XIV

**Pinocho, por no haber seguido
los consejos del Grillo parlante,
se topa con los asesinos.**

—Verdaderamente —dijo para sí el muñeco continuando su viaje—, nosotros, los niños, somos muy desgraciados. Todos nos gritan, todos nos regañan, todos nos dan consejos. Si los dejáramos, a todos se les metería en la cabeza ser nuestros padres y nuestros maestros; a todos, hasta a los Grillos parlantes. Eso es: como no quise hacerle caso a ese pesado de Grillo, ¿quién sabe cuántas desgracias, según él, me deberían suceder! ¡Hasta debería toparme con asesinos! Menos mal que en los asesinos no creo, ni he creído jamás. En mi opinión, los asesinos fueron inventados por los padres para darles miedo a los niños que quieren salir de noche. Y además, aunque los encontrara aquí, en el camino, ¿deberían darme miedo? Ni soñarlo. Les gritaría en sus propias caras: “Señores asesinos, ¿qué quieren de mí? ¡Les aviso que conmigo no se juega! Así que mejor, cada uno por un lado, ¡y calladitos!”. Ante estas palabras, dichas seriamente, me parece estar viendo a esos pobres asesinos escapando, rápidos como el viento. Y en el caso de que fueran tan mal educados como para no escapar, entonces escaparía yo, y asunto terminado...

Pero Pinocho no pudo terminar su razonamiento, porque en ese momento le pareció oír a sus espaldas un levísimo crujir de hojas.



Ilustración de Attilio Mussino (1911)

Se volvió para mirar, y en la oscuridad vio dos figuras negras completamente encapuchadas en dos sacos de carbón, que corrían detrás de él dando saltos en puntas de pie, como si fuesen dos fantasmas.

—¡Allí están! —dijo dentro de sí; y al no saber dónde esconder las cuatro monedas, se las escondió en la boca, precisamente debajo de la lengua.

Después intentó escapar. Pero todavía no había dado el primer paso cuando sintió que lo agarraban por los brazos y oyó dos voces horribles y cavernosas que le dijeron:

—¡La bolsa o la vida!

Pinocho, al no poder responder con palabras, a causa de las monedas que llevaba en la boca, hizo mil muecas y mil pantomimas para dar a entender a esos dos encapuchados, de quienes veía solamente los ojos a través de los agujeros de los sacos, que él era un pobre muñeco y que en los bolsillos no tenía siquiera un céntimo falso.

—¡Vamos, vamos! ¡Menos charla y saca el dinero! —gritaban amenazadoramente los dos bandidos.

Y el muñeco hizo con la cabeza y con las manos un gesto como diciendo: “No tengo”.

—¡Saca el dinero o date por muerto! —dijo el asesino más alto.

—¡Muerto! —repitió el otro.

—¡Y después de haberte matado a ti, mataremos también a tu padre!

—¡No, no, no, a mi pobre padre no! —gritó Pinocho con tono desesperado; pero al gritar así, las monedas resonaron en su boca. (1)

—¡Ah, farsante! ¿Conque has escondido el dinero debajo de la lengua? ¡Escúpelo enseguida!

Y Pinocho, duro.

—¡Ah! ¿Te haces el sordo? ¡Espera un poco, que nosotros nos encargaremos de que lo escupas!

En efecto, uno de ellos aferró al muñeco por la punta de la nariz y el otro lo tomó por la barbilla y comenzaron a tirar sin compasión, uno para acá y otro para allá, para obligarlo a abrir la boca; pero no hubo caso. La boca del muñeco parecía estar clavada y remachada.

Entonces el asesino más bajo, sacando un gran cuchillo trató de metérselo, a modo de palanca y de cincel, entre los labios; pero Pinocho, rápido como un rayo, le atrapó la mano entre los dientes, y después de habérsela arrancado de un mordisco, la escupió; imagínense su sorpresa cuando se dio cuenta de haber escupido una zarpa de gato.

Envalentonado con esta primera victoria, a fuerza de uñas se liberó de los asesinos, y saltando el seto del camino comenzó a huir por el campo. Y los asesinos corrían detrás de él, como dos perros detrás de una liebre; y el que había perdido la zarpa corría sobre una sola pierna, y nunca se supo cómo se las arreglaba.

Después de una carrera de quince kilómetros, Pinocho no podía más. Entonces, viéndose perdido, se trepó al tronco de un altísimo pino y se sentó en una rama alta. Los asesinos también trataron de treparse, pero cuando llegaron a la mitad del tronco resbalaron y, cayeron al suelo, se pelaron las manos y los pies.

No por eso se dieron por vencidos; al contrario, juntaron leña seca al pie del pino y le prendieron fuego. En menos de lo que canta un gallo el pino comenzó a arder y a echar llamas como una vela agitada por el viento. Pinocho, viendo que las llamas subían cada vez más, y no queriendo terminar como un pichón asado, dio un buen salto desde la copa del árbol y se usó a

correr a través de los campos y los viñedos. Y los asesinos detrás, sin cansarse nunca.

Entretanto comenzaba a despuntar el día, y seguían persiguiéndolo; cuando de improviso Pinocho encontró cerrado el paso por un foso ancho y profundísimo, lleno de agua sucia, del color del café con leche. ¿Qué hacer? “¡Uno, dos, tres!”, gritó el muñeco, y tomando carrera saltó al otro lado. Y los asesinos saltaron también, pero al no haber calculado bien, ¡patapúfete!... cayeron en medio del pozo. Pinocho, que oyó la zambullida y las salpicaduras, gritó, riéndose y sin parar de correr:

—¡Buen baño, señores asesinos!



Ilustración de Attilio Mussino (1911)

Y ya se figuraba que se habían ahogado cuando, al volverse y mirar, se dio cuenta de que ambos corrían detrás de él, siempre encapuchados en sus sacos y chorreando agua como dos cestas sin fondo.

Nota del traductor:

(1) Cuando, en sucesión lógica, el Zorro y el Gato amenazan de muerte al hijo y al padre, “Pinocho se traiciona a sí mismo, incapaz de traicionar el amor por su padre” (Martella, Sergio. *Pinocchio, eroe anticristiano*, Padova, Edizioni Sapere, 2000, op. cit.)